***De “El infinito en un junco” (Irene Vallejo)***

Como ya he explicado, la lectura antigua no era el acto mudo que hoy practicamos. Salvo llamativas excepciones, entonces se leía siempre en voz alta, incluso en privado. A ojos de los antiguos, la operación de hacer sonoras las letras escritas encerraba un hechizo inquietante. Las más antiguas creencias enseñaban que el aliento era la sede del espíritu de una persona. En las inscripciones funerarias tempranas, los muertos rogaban al paseante: “préstame tu voz”, para revivir y anunciar quién yacía en el sepulcro. Los griegos y romanos creían que todo texto escrito necesita apropiarse de una voz viva con el fin de completarse y alcanzar su plenitud. Por eso, el lector que paseaba su mirada por las palabras y empezaba a leerlas sufría una especie de posesión espiritual y vocal: su laringe era invadida por el aliento del escritor. La voz del lector se sometía, se unía a lo escrito. El escritor, aún después de su muerte, utilizaba a otros individuos como instrumento vocal, es decir, los ponía a su servicio. Ser leído en voz alta significaba ejercer un poder sobre el lector, incluso a través de las distancias del espacio y el tiempo. Por eso – pensaban los antiguos –, resultaba adecuado que los profesionales de la lectura y la escritura fuesen esclavos. Porque su función era precisamente servir y someterse.

En contrapartida, el amor de los hombres libres por la lectura se veía con cierto recelo. Sólo quedaban a salvo los oyentes de un texto, los que escuchaban leer a otra persona sin someter su voz a lo escrito. Quienes, como Cicerón, disponían de esclavos lectores. Esos servidores, poseídos por el libro, dejaban de pertenecerse a sí mismos durante el instante de la lectura. Ponían sen u boca un “yo” que no era suyo. Eran meros instrumentos de una música ajena. Curiosamente, las metáforas utilizadas para esta actividad en la obra de Platón y otros autores hasta Catulo son las mismas que se usaban para designar la prostitución o para el compañero pasivo en las relaciones sexuales. El lector es sodomizado por el texto. Leer uno mismo es prestar el cuerpo a un escritor desconocido, un acto audazmente promiscuo. No se consideraba del todo incompatible con el rango de ciudadano, pero los biempensantes de la época proclamaban que debía practicarse con cierta moderación, para que no se convirtiese en vicio.